

EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 1º de Octubre de 1899.

Número 14



RETRATO de MUJER por Franz von Lenbach.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

El frío ha comenzado sus nocturnas correrías por la ciudad. Las primeras toses del invierno se oyen á lo lejos como un coro de viejos cascados, á semejanza de los de la *Kermesse* del Fausto.

¡Oh, las noches de invierno! En los cielos la mística florescencia de los astros, las grandes lunas blancas, y en la ciudad dormida, en las calles solas, barridas por el cierzo, el gendarme acurrucado frente á la linterna anémica, el can que trota en busca de un abrigo, de un umbral, de un vagabundo quizá á quien acercarse para sentir menos durc el dardo del frío. El eco devuelve las pisadas de un rezagado de la callejuela, se muere á la distancia el rodar del coche, el vendedor á tiempo dobló la esquina con su comercio á cuestas. y los sospechosos, los ebrios, los desgraciados, las pecadoras, ó el oficial á caballo, turban esa calma de la atmósfera congelada. Pero qué calor se adivina tras de los visillos de los balcones, allí en las rendijas de una puerta, y en la estrella de un respiradero.

Las meditaciones de un abarrotero que recuenta la venta; en la cantina el último diálogo incoherente de dos obstinados; más lejos el triángulo de un velador de porcelana y en torno cabezas bajas que leen la novela ó cuentan los hilos de la femenina labor; en un ventanillo pobre la flama inquieta de un velón de estudiante; tras de la malla, salpicada de pájaros y flores, el *abat jour* carmesí que salpica de rubíes el dorado de los espejos, enciende la seda de los cortinajes y finge como una penumbra de hornaza. Suena el piano; casi se adivina el aroma del té, más lejos aún el candil de los saraos, y en la placa negra de las fachadas, hay un sólo balcón abierto de par en par, uno solo que deja penetrar el soplo glacial, uno que arroja intensas y luminosas bocanadas. El que pasa y lo mira siente miedo y tristeza; es un muerto; cuatro flamas largas y tranquilas de cirio, lo denuncian. Puedes entrar, invierno, es tuyo, cedió como las hojas de los árboles, las amarillas hojas que aletean un punto, no para volar sino para caer!

Y desde ahora pienso en la muerte del año, en la anemia agónica, símbolo del eterno reposo del no ser, pienso en los meses invernales, los meses de los recuerdos lejanos, de las evocaciones tristes, de las resurrecciones queridas, los meses en que se avista después del vario viaje, una playa, la última quizá, la de la vida desierta de los caídos, ó la florida ¡ay! que no es sino un oasis marino y fugaz en el desierto de las aguas amargas, las que mecen ó fustigan, cantan ó clamorean la amenaza ó la sentencia. El nauta recuerda entonces los paisajes lejanos, la salida del sol, la nube, el pájaro, la siesta, las espumas, la estrella vespertina, las tormentas que pasaron, las quietudes gratas ó el implacable fuego de las tardes de fiebre.

**

En invierno el alma hace su balance; diríase que pronta á partir recoje su tienda, quema sus tesoros, desconfia del mañana, se siente arrastrada á la meditación de ese elo uente aviso que le dan los pájaros idos, los árboles desnudos, los surcos quejumbrosos de hojas secas, el cielo tachonado de estrellas, como página oscura de áureos y amenazantes leyendas cabalísticas, y, mojados los ojos en ternuras inmensas, evoca lo más puro y lo más lejano.

Como un viejo, piensa en los niños, porque ¡ay! en torno de esas cabezas pensativas, abrumadas de dolores y de canas, chispean los ojos azules, y la misma flama del hogar juega en la nieve de los que se van, y en los rizos de oro de los que llegan.

En invierno, las creencias visten las vestes blancas, los órganos severos entonan el canto pastoril de las misas de Aguinaldo, Dios se hace niño y ríe, y en torno suyo suenan las risas de la infancia, los caramillos, la flauta de los églogas... cuando los campos, yertos de frío, amarillean, y las almas se vuelven como la regia caravana, á la estrella de un Betlem remoto.

Tú eres de invierno, ¡oh, Arbol de Navidad, oh árbol de frondas muertas, de balsámico olor, oh pino de las soledades montañesas! Cómo te visten de escarcha, cómo enredan á tus vacilantes hojas los hilos de plata, cómo las luces de colores arrancan chispas á la maravillosa flequería, cómo el heno cubre los frutos relucientes, el juguete codiciado, el rosetón de oro; cómo se mecen cual maravillosos frutos, el ángel de cera, la bolsa de dulces, la joya, el arabesco de cristal; cómo tu vejez infecunda se adorna y se disfraza con riquezas de altar y fiestas de luz, para que las manos de los niños, una por una, te despojen de la efímera opulencia!...

¡Oh espíritu, cómo en el invierno que te entumece y te doblga, te vistes las mejores ilusiones, prendes

los vivos sueños, haces resplandecer los ideales que el destino de pueril veledad descuelga entre rosas, la última noche del invierno, cuando arde sobre la cabeza la simbólica fiesta de los Reyes que llevaron á los creyentes caminantes á Betlem y á nosotros á la tumba!....

**

Este semanario consagra hoy unas páginas al recuerdo de la ópera que durante la corta temporada de Orrin, impresionó más completa y justamente al público melómano. *Fedora* fué la última mujer á quien acariciamos en nuestro ensueño.

Nos pareció muy bella y elegante, y nos hizo olvidar por algunas noches á la melancólica Mimí. Le hemos dado con tristeza, el abrazo de despedida.

Donizzeti, Chalfá y Sigaldi, han sido los héroes. Sigaldi interpreta de muy brava manera el Loris de *Fedora*. Tiene arranques de pasión y ternura que conmueven hasta las lágrimas. Ha sido aplaudido con todo entusiasmo.

Después de tan inquieta temporada, se van los artistas de Orrin. Quizá no volvamos á ver á muchos de ellos.

¡Pobres!..... *I Pagliacci!*

**

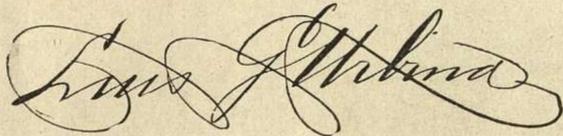
Por lo demás, la semana teatral, monótona y sin accidentes como un pedazo de Sahara, ha tenido su oasis: el beneficio de Rosa Fuertes. Ha adquirido la hermosa artista grandes simpatías entre nosotros, y sobre ella, flota una admiración en continuo aumento, porque Rosa está en estos instantes plena de vigor y de fuerza.

**

Ida la Chalfá, nos quedamos con el género chico, y la esperanza de que llegue cuanto antes Sieni.

Mientras eso sucede, divertámonos con aplaudir las mariposas de las *Instantáneas*.

No queda otra cosa.



EL DRAMA LIRICO.

El drama lírico no es tan sólo, como muchos lo creen y como por largo tiempo fué comprendido, un drama cantado y acompañado de música. Si esto fuera así, merecerían y llevarían tal nombre la «Lucía» de Donizzeti, como la «Sonámbula» de Bellini; el «Otello» de Rossini, como «Los Lombardos» de Verdi; habría drama lírico donde quiera que sobre el monólogo de Hamlet se escribieran unas peteneras ó sobre la locura de Ofeia una aria de concierto.

No; el drama lírico, propiamente dicho, parte de otro principio, y aspira á la realización de otro ideal, tiene otras raíces y otra floración, y entre el drama cantado y el drama lírico media el abisno que separa lo convencional de lo real, lo artificial de lo natural, lo verdadero de lo falso.

**

El drama lírico tiene por objeto la interpretación musical de las pasiones humanas y la descripción de las situaciones de la vida. Su punto de partida es el hecho incontestable de que las pasiones, aun expresadas con meras palabras, incluyen y entrañan un elemento musical fundamental, y de que las diversas situaciones de la existencia no dejan de ir acompañadas de sonidos y ruidos que, musicalizados, pueden describirlos y caracterizarlos. Comencemos por las pasiones: es evidente y de cotidiana observación que cada género de pasiones se expresa por gritos, gemidos, rugidos, murmullos peculiares y propios, y si se expresa de palabra, por entonaciones é inflexiones de voz, que bastan á hacerlas conocer. Por sólo la tonalidad aguda ó grave de la voz, por su intensidad, por la rapidez ó lentitud de su emisión, por las inflexiones del grave al agudo y del agudo al grave, por los intervalos tonales que median entre las sílabas y las palabras, se puede saber si una persona está triste ó alegre, enamorada ó entusiasmada, si cree ó si duda, si teme ó espera, si siente ó finge. Las inflexiones y tonalidades de la ironía no pueden confundirse con las de la desconfianza, ni las de la interrogación con las de la admiración.

Siendo esto así, es perfectamente posible, estudiando á fondo las inflexiones de la voz humana y acentuando y haciendo se destaque su elemento musical, escribir cantos que se ciñan de cerca á las pa-

siones y sentimientos que expresa la letra, que la interpreten fielmente, la acentúen y la subrayen, y que sean su imagen acabada y perfecta. Supongamos que la letra hable de amor; pues bien, ese amor ha de ser de por fuerza, ó tierno ó impetuoso, ó melancólico ó regocijado, y el músico, eligiendo los matices é inflexiones características, puede cantarlo tal y como el poeta lo describe, sin incongruencia, sin disparate; recíprocamente apoyadas, mutuamente sostenidas y acentuadas, la poesía ganará con asociarse á la música y la música ganará con inspirarse en la poesía, resultando de ese noble y fecundo consorcio una obra de arte superior, más estimable que la sola poesía y la simple música.

**

Si este principio se aplica á las complicadas pasiones del drama, si se armoniza su juego, si se sigue su evolución, si se observan las transiciones, resultará el drama lírico, concepción estupenda del genio moderno.

Pasando de las pasiones á las situaciones se observa un hecho análogo. La música puede pintar las situaciones de una de dos maneras, susceptibles de combinación: describiendo los sitios, los panoramas, los ruidos y sonidos naturales: rumores y cantos de aves en las selvas, fragores y truenos en la tempestad, clarines, vocerío y estampidos de cañón en la batalla, sacudimientos, ruidos subterráneos en el terremoto. Con elementos musicales pueden describirse el valle florido, el arroyo susurrante, el mar agitado, los múltiples rumores de una ciudad, el silencio, la quietud de una alcoba, la confusión y el desorden de un momento de pánico.

Además, se puede pintar una situación con reminiscencias de pasiones anteriores, con recuerdos de hechos pasados ya descritos, con ideas y emociones ya experimentadas por el personaje y de antemano expresadas líricamente. En el momento del desencanto puede evocar la música las ilusiones del pasado; en el instante de la muerte, los episodios capitales de la vida.

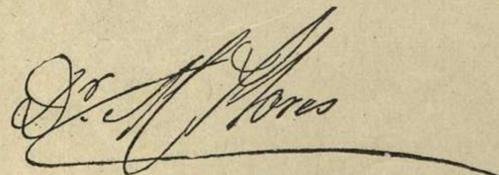
Para esto la voz humana no basta ya y entra á figurar, con sus inagotables y poderosos elementos, la orquesta. En tanto el personaje canta sus penas y sus alegrías, sus desencantos ó sus esperanzas, la orquesta hace desfilar ante el espectador una sucesión de cuadros vivos, de recuerdos extinguidos, de sensaciones muertas; mezcla su voz á la del personaje, pinta su situación, describe los estados del alma siempre complejos y completa y acalá un cuadro maravilloso de verdad y de belleza, análogo, congruente, consistente, vasto como un panorama y complejo como un monumento.

**

Con estos elementos y dentro de esos principios, Wagner podrá describirnos la selva en que sueña Sigfredo y en que le hablarán las aves; nos hará penetrar en las purísimas linfas del Rhin y asistir al jugueteo de sus Ninfas y al cabrilleo de sus ondas; hará flamear y chisporrotear en la orquesta la hoguera de Brunilda como la fragua de Mímo y nos hará asistir á la destrucción de los mundos y de las divinidades en el crepúsculo de los dioses. Verdi nos hará sentir el desplamamiento de toda el alma y de todas las energías de Otelo en la escena de las revelaciones de Yago, y nos hará vivir la vida del héroe, sus triunfos, sus glorias, sus amores y su crimen en la escena final de su admirable drama.

Puccini, en la *Bohemia*, nos transportará en alas de su genio de la buharda miserable y fría á la turbulenta y alegre verbena, á la solitaria barrera y al lecho de Mimí moribunda cuya alma inocente, cuyo corazón tierno, cuyo amor abnegado, nos habrá hecho absorber en cantos y armonías, y Giordano en las imprecaciones de *Fedora* ante el esposo muerto, en el formidable y admirable raconto de Loris, nos impregnará de las pasiones, de las ansias, de los odios, de las penas de sus personajes y nos hará vivir su propia vida, llorar sus mismas lágrimas y expiar sus crímenes como si fueran nuestros.

La música, que era ya un arte con los sinfonistas, acabará por ser el arte por excelencia, la manifestación suprema y la síntesis de todas las artes, porque con el drama lírico ha llegado, sin dejar de ser música, á ser poesía, pintura, naturaleza y vida.





MONUMENTO DEL SR DR. JOSE MARIA MATA.



MONUMENTO DE DON MELCHOR OCAMPO.

PANTEON DE DOLORES.

En el Panteón de Dolores.

Los dos monumentos que figuran en esta página son de los últimos que se han concluido en el Panteón de Dolores y la parte escultórica de uno de ellos, el del Sr. Ocampo, fué objeto de observaciones, atinadas ó no pero sinceras, que estampamos en estas columnas cuando se exhibió en los salones de la última Exposición Nacional de Bellas Artes.

Sea de ello lo que fuere, este monumento como el del Sr. Dr. Mata ha sido dedicado por la piedad filial á hombres eminentes de nuestra historia, ante los cuales nos inclinamos con respeto.

Las huellas del Sr. Ocampo son de gloria para México, y donde quiera que su nombre esté escrito sentimos patriótico orgullo, porque ese nombre es de los que honran á una nación, grande ó pequeña, oscura ó poderosa.

Unido al Sr. Ocampo por vínculos de parentesco, el Sr. Mata fué también fidelísimo á los principios que hicieron grande y augusto entre los héroes de México al mártir michoacano.

La Crisis del Transvaal.

El mapa que publicamos dará á nuestros lectores una idea del Ferrocarril estratégico de la Bahía de Delagoa á Pretoria, así como del campo de maniobras de la frontera entre el Transvaal y la posesión portuguesa.

Si desgraciadamente como lo hacen presumir todos los indicios, se desencadena la guerra anglo-sud-africana, los lectores de «El Mundo Ilustrado» podrán ver en esta carta más de un lugar que ilustran gloriosos y trágicos acontecimientos militares.

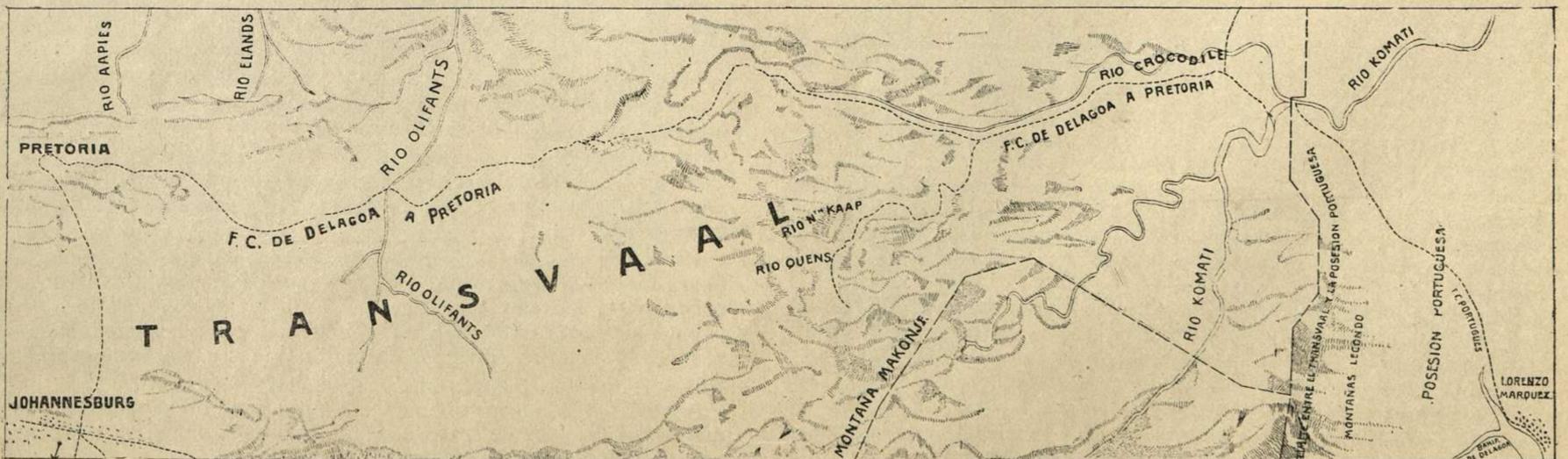
Como siempre que surge un conflicto entre dos pueblos todo el mundo se da á hacer suposiciones sobre los recursos y las fuerzas respectivas de los adversarios, diviéndose en sendos bandos las opiniones y se pronuncian fallos proféticos favorables á aquel tras de quien se van todas las simpatías.

En el caso presente, hablar de los medios de acción de Inglaterra es inútil: la primera potencia naval y una de las más formidables en empresas de conquista, no admite comparación con la diminuta republiquilla de pastores que preside Krüger, pastor . . . protestante.

Sin embargo, la desigualdad misma de las dos naciones, la diversidad de tipo social y de medios de combate con que cada una de ellas cuenta, hacen interesante y curioso el comentario.

Por eso los periódicos hablan, ya de los procedimientos de guerra de las naciones civilizadas, ricas y conquistadoras, de los procedimientos de la guerra moderna en una palabra, ya de las cualidades de resistencia de los pueblos poco adelantados, hostiles al extranjero, independientes, virtuosos, sobrios, hábiles para todos los ejercicios viriles y dominados por algún fatalismo religioso ó político. En presencia de este conflicto, la duda de la mayoría sobre el resultado final de la contienda no es muy grande, porque no es posible creer en la inagotabilidad de los recursos del débil en lucha con un fuerte que es perseverante; pero en cambio son pocos los que no teman que el patriarca de Pretoria presidirá al suicidio glorioso de un pueblo.

Mientras el cable no nos traiga la noticia fatal de un rompimiento, esperaremos que el conflicto se allane con medios pacíficos y lo esperaremos ansiosos.



MAPA DEL TRANSVAAL CON EL FERROCARRIL ESTRATEGICO DE DELAGOA QUE PASA POR PRETORIA.

EL SUCESO ARTISTICO DE LA TEMPORADA.

LA FEDORA.

Pocas veces nos ha dominado con tanta fuerza el poder sugestivo de la música como en el primer acto de *Fedora*. Tórnase en palpitante realidad un mundo remoto, que hemos habitado en espíritu como una patria literaria amada tiernamente, y lleno de recuerdos: en ese sillón está la enigmática *barina*, junto al *samovar*, arrullado por sus rumores, sueña largas horas el conde Katiline; se oye el ruido de los trineos que surcan silenciosamente la nieve endureci-



SL. M. SIGALDI,
Tenor de la Compañía de Opera de Orrin.

da. Olvidamos el drama de Sardou para recordar escenas más reales que los personajes del teatro francés, y la imaginación, que es ligera; y la música, que es omnipotente, nos traen evocaciones voluptuosas de la Rusia de Turquetef.

Junto al salón está la alcoba en donde expira el conde Vladimiro, víctima de un atentado misterioso. La policía interroga á los criados, todo lo investiga escrupulosamente para castigar el delito; *Fedora*, prometida del Conde, está anisosa por saber el nombre del malhechor, para vengar á su novio. Hay presunciones que acusan á Loris, dueño del palacio frontero; corren allá los agentes, excitados por los gritos angustiosos de *Fedora*..... Entretanto Vladimiro muere.

Pasa el tiempo. *Fedora* da una recepción en su casa de París. Loris la corteja y ella, que cree

odiario, tiene el propósito de vengar á Vladimiro, y sin saberlo ama al matador. Lo ama y lo denuncia como autor del asesinato. Loris le ha confesado su delito y ella escribe una carta delatora. Pero el delincuente le revela después toda una historia dolorosa de pasión infeliz, de traición y venganza. Vla-



Io vi prego come si prega Iddio.

Fot. Lange.

dimiro era amante de Wanda, esposa de Loris; éste se desposó en secreto con ella y fué engañada vilmente: cuando Loris descubre la traición, mata á Vladimiro en lucha franca. *Fedora* ve las pruebas, cartas de Vladimiro á la infiel esposa de Loris; ya no puede amar el recuerdo de un amor pérfido, ama á quien, como ella, fué víctima de Vladimiro, y ese amor no tiene obstáculos, pues Wanda ha muerto.

Los amantes viven en un chalet de Suiza. Son felices allí: olvidan las antiguas penas y el germen de trágicas desdichas que arrojó entre los dos la delación



SR. ALFREDO DONIZZETTI,
Director de Orquesta de la Compañía de Opera de Orrin.

de *Fedora*. Un día llegan cartas de Rusia, cartas fatales que anuncian nuevas de muerte. Valeriano, hermano de Loris, preso por la carta delatora, estaba confinado en una fortaleza á orillas del Volga. Una creciente del río inundó la prisión y Valeriano pereció ahogado; su muerte mató de dolor á la madre infortunada.

La situación es horriblemente cruel y más cruel aún por el contraste entre el abismo de negros odios que separa á los amantes y los recuerdos de su divino idilio, blanco y puro como las nieves alpinas que cierran el horizonte de su nido. Cuando estalla la amenaza mortal en los labios de Loris, *Fedora* busca en el suicidio un perdón que la vida haría imposible y muere entre los brazos del amado.

MI IMPRESION DE "FEDORA"

El conde Vladimiro Andrejevich yace moribundo en la alcoba contigua al salón. Los implacables agentes de la policía interrogan á los afogados criados del conde, que no aciertan á aclarar las circunstancias del misterioso atentado. La Princesa *Fedora* Romanzoff, prometida del moribundo, rindiéndose al dolor, da suelta á un torrente de lágrimas amargas; mas de pronto se yergue, exasperada por la torpeza con que declaran los criados. Cirilo, el cochero del conde, acaso lo sabe todo y la princesa le grita: «¡Parla!»

Acaricia felinamente á Dmitri, el pequeño *groom*, para alentarle, y cuando comprende que nada sabe, lo arroja de su lado con desprecio, y con acento de rabia le dice «¡Sciocco!»

Los gemidos dolorosos de Vladimiro la despiertan de sus sueños de venganza, y vuelve á aparecer en ella la mujer tierna, atribulada por honda pena. Se dirige hacia la puerta de la alcoba y ruega que la dejen entrar. «Prego come si prega Iddio,—salva l'amor mio,—» le dice al cirujano.

En este rápido vaivén de contrarias emociones, colma su alma de desesperación la apatía rutinaria de la justicia, y por la cruz que lleva al cuello jura sacrificar en aras de la venganza, su juventud y su corazón.

Cuando ve las sombras de los agentes de la policía que discurren cautelosamente de una á otra estancia en el palacio del presunto asesino, *Fedora*, fuera de sí, grita: «Prendetelo.» y luego exclama con feroz alegría: «L'han presso.»

La idea de la venganza domina en su alma los sentimientos de piedad y de amor hasta que el cirujano anuncia la muerte de Vladimiro y transforma de nuevo la fiera vengativa en mujer desconsolada y tierna.

He aquí la clave del carácter de *Fedora* tal como la pinta Sardou, seguido al pie de la letra por el libretista Collantti.

Creo que según los preceptos de los críticos más acreditados toda obra dramática tiene una exposición, un nudo y un desenlace.

El dramaturgo francés, siguiendo las tradiciones de su patria, se ajusta al canon del filósofo griego, y en el primer acto, pinta los rasgos característicos dominantes de sus personajes.

Napoleón dijo que todo ruso ocultaba un alma de cosaco, con lo que en mi concepto quiso decir, que la educación y la aparente suavidad de modales no impiden que los rusos se dejen dominar por sus instintos de ese salvajismo, cuya nota dominante es, según la idea convencional que de él tenemos, el espíritu de venganza unido á una impetuosidad incontrastable.

No es aventurado suponer que este convencionalismo y el famoso epigrama de Bonaparte, sirvieran de punto de partida en la creación de la *Fedora* de Sardou.

Nos presenta con gran habilidad un tipo de mujer dominada por sentimientos y pasiones de extraordinaria potencia: el amor, la superstición, el odio y la venganza, el desprecio á los convencionalismos de la vida civilizada, todo revela en *Fedora* un ser pasional en grado sumo.

Verdad es que tuvo que elegir entre una violación de propósitos sagrados para ella ó cumplir su venganza y ver morir á un hombre inocente á quien ya amaba.

En la acción moral del drama predominan dos tendencias que determinan el carácter de *Fedora*, la venganza tradicional y la impetuosidad salvaje.

Estas dos tendencias explican el fatal juramento del primer acto. En el segundo,—la parte media ó el nudo del drama, los dos afectos unidos producen el enredo que culmina en la confesión de Loris, obtenida por los artificios de *Fedora*, en la carta acusadora, y por último en la feroz alegría con que dirige á su víctima la terrible acusación: «¡Asasino!»

Asesino! Así increpa al hombre á quien ama sin saberlo, y esto pocos momentos después de sentir el alma iluminada por la esperanza de comprobar la inocencia de Loris.

En esta escena agota el autor todos los recursos del arte: no puede haber situación teatral más conmovedora. No creo que alcance las alturas de la tragedia, y digo esto porque en mi opinión la tragedia sólo ve los



¡Parla!

Fot. Lange.



Di vendicarte io giuro.

Fot. Lange.

afectos humanos, la lucha con el destino inexorable, con las leyes de la naturaleza, en una palabra, con la voluntad de Dios; mientras la comedia estudia al hombre en sus relaciones con otros hombres.

Pero sigamos el hilo de la acción del drama. La situación de importancia que sigue es aquella en que Loris le pregunta: «¿Qué sabes tú?» Ella responde: «Nulla io so.» dando á entender con esto que el amor que siente por Loris ha crecido, aunque ella misma no sospeche siquiera que existe.

Este amor que siente su alma y que su conciencia ignora, no impide que escriba la carta fatal [otra manifestación de sus ímpetus salvajes] que precipita violentamente el desenlace en el tercer acto.

El amor vence. Las sospechas de Fedora desaparecen y con ellas el propósito de venganza que tantas veces juró.

Suena la hora fatal. Han llegado las cartas de Rusia con sus funestas noticias para Loris.

Inútil la congoja y desesperación de Fedora. Exclama: «Che feci? Sono io che li uccisi!»

En el momento supremo, cuando Loris la acusa, la maldice y la amenaza, impelida por la impetuosidad que la caracteriza, apura el veneno diciendo: «Non ucciderme. Guarda! E la morte! . . .»

Y la música de la *Fedora* de Giordano? Ne tengo palabras para expresar lo mucho que me encanta. Tuve la fortuna de interpretar el papel de



Prendetelo.

Fot. Lange.



Nulla io so.

Fot. Lange.

*Eri tua Assassino!*

Fot. Lange.

Magdalena en las primeras representaciones que se dieron en América de *Andrés Chenier* y ahora por una casualidad feliz me veo interpretando su *Fedora*.

Muchas veces me pregunto cómo podremos honrarlo bastante á un hombre que creó obras que tanto deieitan, inspiran y ennoblecen al género humano.

*Escribe la carta.*

Fot. Lange.

Su *Andrés Chenier* toca las lindes de la perfección. Si de su *Fedora* no se puede acaso decir lo mismo, es tal vez por las limitaciones del drama de Sardou que obstruyen de vez en cuando la caudalosa corriente de inspiración del gran maestro contemporáneo.

ROSALÍA CHALÍA.

México, 21 de Septiembre de 1899.

*Chefici? Sono io che li uecisi.*

Fot. Lange.

*Non ucciderme. Guarda! E la morte.*

Fot. Lange.



Fedora

por Umberto Giordano

Tempo di Vals. Brillante.

PIANO.

ff

A musical score for piano, consisting of six systems of two staves each. The music is in 3/4 time and B-flat major. The first system starts with a forte (ff) dynamic. The second system has a piano (p) dynamic. The third system features a melodic line in the right hand with a trill. The fourth system continues the melodic line. The fifth system features a trill in the right hand. The sixth system ends with a forte (ff) dynamic. The score includes various musical notations such as notes, rests, slurs, and dynamic markings.

First system of musical notation, consisting of two staves (treble and bass clef). The music features a complex texture with many beamed notes and chords. The key signature has two sharps (F# and C#).

Second system of musical notation, consisting of two staves. The right-hand staff has a dynamic marking of *ff* (fortissimo) towards the end. The music continues with intricate patterns and chords.

Third system of musical notation, consisting of two staves. This system is characterized by several triplet markings (indicated by a '3' above the notes) in both staves. The right-hand staff has some notes marked with an 'x'.

Fourth system of musical notation, consisting of two staves. The right-hand staff has a dynamic marking of *p* (piano) in the middle. The system includes various rhythmic patterns and rests.

Fifth system of musical notation, consisting of two staves. The right-hand staff has a dynamic marking of *p* (piano) at the beginning. This system features several triplet markings and complex chordal structures.

Sixth system of musical notation, consisting of two staves. The right-hand staff has a dynamic marking of *p* (piano) at the beginning. The system concludes with dense chordal textures and some notes marked with an 'x'.

This image shows a page of handwritten musical notation for piano. It consists of six systems of staves, each with a treble and bass clef. The music is written in a key signature of one sharp (F#) and a common time signature (C). The notation includes various rhythmic values, accidentals, and articulation marks. The first system features a melodic line in the treble clef with eighth and sixteenth notes, and a bass line with chords and single notes. The second system continues the melodic development with some rests in the bass line. The third system introduces a triplet in the treble clef. The fourth system features a more active treble line with triplets and sixteenth notes. The fifth system is characterized by dense sixteenth-note passages in both hands, with triplets and slurs. The sixth system begins with the instruction *molto legato* in the treble clef, followed by a more sustained melodic line in the treble and a bass line with chords and rests.

The image shows a handwritten musical score for piano, consisting of six systems of staves. The score is in G major and 3/4 time. It features a variety of musical textures, including arpeggiated chords, block chords, and melodic lines. The final system includes a 'stretto' section marked 'fff' and ends with 'Fin.'

Publicada con autorizacion del representante de la Casa Sonsogno

EL ESPIONAJE INTERNACIONAL.

Recuerdos del Primer Imperio.

Sería curiosa é interesante una historia del espionaje militar; sería más dramática que la historia de las revoluciones. Con sus episodios se formaría una gran novela de diplomáticos astutos, de polizontes vendidos, de barbas postizas, de anteojos azules, de suicidios y resurrecciones que dejaría muy atrás los folletines montepinescos.

Como prueba de ello referiremos dos anécdotas, una cómica, y trágica la otra.

Cuando penetraba Napoleón en los dominios del Czar el año de 1812, el gran conquistador se preocupaba como es de suponerse por conocer la topografía del Imperio moscovita.

Sabía que el estado mayor ruso acababa de imprimir una inmensa carta, cuyos ejemplares, numerados, se repartieron entre los principales jefes del ejército de Alejandro.

¿Qué hacer? La habilidad del General Lauriston resolvió el problema. Sin saberse cómo ni cuándo, logró el jefe francés sustraer no un ejemplar del mapa sino todas las planchas de cobre que sirvieron para hacer la impresión. Bajo las narices de los oficiales del estado mayor ruso, sacó el General Lauriston la masa enorme de planchas depositadas en el Arsenal de Petersburgo.

Se hizo una edición de la carta en París y tres meses después, todos los jefes del ejército invasor tenían un ejemplar del precioso documento geográfico que no se hubiera podido conseguir en Petersburgo á precio de oro.....

La otra anécdota es menos conocida tal vez, aunque tuvo un desenlace dramático. Como la anterior, data del primer imperio.

La escena pasó en la capital austriaca el año de 1809. El futuro suegro de Napoleón se preparaba para una nueva guerra contra Francia y esperaba sólo para abrir las hostilidades que se retirara de Viena el Embajador francés que era á la sazón el General Andreossi.

El Emperador de Austria comprendía que la lucha decidiría para siempre de la suerte de su imperio y es probable que como lo temía el soberano, el Austria hubiera sido borrada del mapa después de la batalla del Wagram que terminó la campaña, si la ambición con la máscara del amor no hubiese traído un desenlace de comedia burguesa á aquella tragedia política,—el matrimonio del nuevo Carlomagno con la hija del César vencido. Pero esa peripecia no podía dreverse en 1809 y el Emperador de Austria, resuel-



PALACIO MUNICIPAL DE C. PORFIRIO DIAZ. (COAHUILA.)

Fot. M. Rodríguez Pérez.

to á sostener una lucha á muerte, confió la dirección de la campaña al Archiduque Carlos que era el único militar capaz de medirse con Napoleón.

El Archiduque preparaba pues tranquilamente, en Viena, su plan de campaña cuando recibió un anónimo: iba á arrojarlo al montón de papeles inútiles, pero la curiosidad detuvo su primer movimiento, pues vió varias veces repetido el nombre del Embajador de Francia.

Leyó.

La carta anónima explicaba que el General Andreossi había recibido ya desde hacía algunos días sus cartas de retiro y que si no abandonaba Viena era porque estaba en relaciones con el Feld-Mariscal K... quien le vendía los estados de organización del ejército austriaco y los planes de marcha de los diferentes cuerpos.

El Feld-Mariscal K era uno de los jefes más instruidos del Imperio y el Archiduque que lo tenía en grande estima, hizo de él su ayudante y jefe de su Estano mayor. Tenía puesta en él su confianza y no podía abrigar sospecha alguna. Rompió, pues, la carta y no pensó más en el asunto.

Al día siguiente, nueva misiva. El corresponsal anónimo afirmaba haber descubierto que todas las noches el Feld-Mariscal tenía citas en una casa solitaria del vasto barrio de Leopoldstadt cuyo número señalaba la carta.

El Príncipe Carlos tenía tanta seguridad en la fidelidad de su ayudante, que creyó calumniosa la acusación y no tomó ninguna medida para descubrir la verdad.

Entretanto, el Embajador de Francia había hecho sus preparativos de viaje y anunció su partida para dentro de cuarenta y ocho horas, cuando el Archiduque recibió una tercera nota, en la que se le decía que el Feld-Mariscal, después de haber trabajado á solas en su gabinete, en donde tenía los estados del ejército, celebraría esa noche una conferencia con el General Andreossi.

El Archiduque, lejos de creer esas revelaciones, exasperado por no poder castigar al misterioso calumniador, y á fin de disipar toda sombra de sospecha que temía conser-

var, á pesar suyo, contra un jefe que le era tan querido, resolvió comprobar su inocencia.

Esa misma noche hizo llamar á uno de sus ayudantes y le dijo:

—Tomad un traje sencillo que os sirva de disfraz, y venid á las doce de la noche á reuniros conmigo en la Graben. Silencio y discreción absoluta... que nadie sepa que os he dado esta cita. No es necesario que llevéis armas, pero que no os falte una linterna.

El oficial llegó puntualmente al lugar indicado: iba vestido de obrero, y cuando encontró al Príncipe pudo apenas reconocerlo, disfrazado como estaba de burgués.

—Seguidme sin decir una palabra, ordenó el Archiduque.

Y uno en pos de otro, siguieron las calles tortuosas que conducían á la de Leopoldstadt. La casa que se le había señalado estaba situada en una callejuela estrecha y sombría. No había luz ninguna, todo estaba cerrado, parecía un edificio abandonado.

El Príncipe y su acompañante se apostaron en el quicio de una puerta y esperaron en silencio. Al cabo de algunos instantes se oyeron pasos y una sombra se deslizó por la callejuela..... Era un hombre cubierto con una ancha capa,—como los personajes de novelas en boga ya desde entonces—y con el indispensable sombrero de anchas alas que caían sobre la cara. Acercóse á la casa y llamó suavemente á la puerta, que se abrió cerrándose luego que le dió paso.

El ayudante del Archiduque no pudo reprimir un movimiento de sorpresa: el Príncipe con un ademán, le impuso silencio. Cuando la callejuela quedó otra vez desierta, se inclinó hacia el oficial y en voz baja le interrogó:

—¿Y bien? ¿Os habéis fijado en ese hombre?

—Le ví, Alteza, aunque sin poder distinguir sus facciones.

—Pero ¿ese modo de andar?....

El oficial vaciló.

—Mis suposiciones son tan inverosímiles.... es tan poco probable que el que he creído reconocer venga á estos sitios apartados y á esta hora.....

—Bueno, decid quién creéis que sea....

—Me ha parecido.... en fin.... podría decirse que ese desconocido es el Embajador de Francia.

—Basta; callad.

En ese momento otro personaje entró á la callejuela; no se recataba como el anterior. Llegó á la casa, llamó y desapareció en el interior. Cuando la puerta se hubo cerrado el oficial del Príncipe Carlos quiso lanzarse á la casa, pero el Archiduque le puso la mano sobre el hombro. Los dos temblaban de emoción: habían reconocido al Feld-Mariscal K....

La entrevista duró algunas horas, durante las cuales el Archiduque, indignado, pues ya no dudaba de la traición del jefe de su estado mayor, permaneció pacientemente en acecho ante la casa.

Era todavía de noche cuando la puerta se abrió y dió paso al General Andreossi y al Feld-Mariscal.

El Príncipe Carlos se había situado á un lado de la puerta y el oficial al otro lado: tenía en la mano la linterna sorda y dirigió la luz hacia el rostro del Embajador.



Recuerdos de las fiestas.

OAXACA.—KERMESSE DEL 16 DEL ACTUAL.—PUESTO DE TE Y CAFE.
Fot. R. A. Castañeda.

Recuerdos de las fiestas.



DESFILE DE LOS CARROS ALEGORICOS FRENTE AL PALACIO NACIONAL EL 15 DEL ACTUAL.

Fot. Manuel Romero.—Cordobanes 2.

Cuando éste recibió la luz en plena faz, retrocedió sorprendido.

—Buenas noches, señor Embajador de Francia, dijo el Príncipe tranquilamente.

Y sin dignarse hacerle un solo reproche al Feld-Mariscal que estaba inmóvil con la frente abatida, pálido de terror, se contentó con iluminar el rostro del traidor; pero el ayudante, menos circunspecto, lo abofeteó diciendo:

—Este es el infame K..... á quien se degradará mañana.

Andreossi aprovechó ese incidente para escurrirse en silencio. El mismo día salió para París y la guerra entre Francia y Austria quedó virtualmente declarada.

El asunto permaneció en secreto. El Mariscal Lannes supo el caso por Napoleón, y lo refirió después á Marbot, el cual dice algo acerca de él en sus *Memoorias*. Los archivos del Ministerio de Relaciones de Francia serían más explícitos si se les consultase.

Para terminar, diremos que el Feld-Mariscal K... cogido en flagrante delito, y conociendo de antemano la suerte que se le esperaba, entró á su casa y se voló la tapa de los sesos.

Corrió el rumor de que había muerto de un ataque de apoplejía fulminante, pero en las esteras oficiales se supo que había recibido del Emperador de Francia, como precio de su traición, la suma de dos millones.

PALACIO MUNICIPAL
DE
CIUDAD PORFIRIO DIAZ

Esta población fronteriza que tanto ha progresado en los últimos tiempos, tiene algunos edificios notables como son las Oficinas Federales, las del Ferrocarril Internacional y esta que hoy publicamos, y cuya construcción se debe al inteligente y laborioso Presidente Municipal de aquella ciudad, Coronel D. Fructuoso García.

Es satisfactorio, no sólo para los vecinos de C. Porfirio Díaz, sino para la Nación entera, que las autoridades federales y locales se empeñen en hacer de una población como esta, colocada en la línea divisoria de México y los Estados Unidos, una ciudad que no nos avergüence, sino que, al contrario, nos honre con sus edificios públicos, en nada inferiores á los de poblaciones de igual categoría, situadas del otro lado del Bravo.

Una Kermesse en el Jardín Juárez de Oaxaca.

Sentimos no publicar sino un grabado relativo á esa fiesta de la que tuvieron oportuna noticia los lectores de nuestros diarios. Desgraciadamente no todas las pruebas fotográficas que recibimos pudieron aprovecharse en el taller de grabados de *El Mundo*.

En el que aparece en la página anterior figuran las distinguidas señoritas Rebeca Pérez Reguera, Terry, Elvira Pérez Reguera, Josefa Olivera é Ignacia Canseco y las niñas María y E. Sodí.



GUANAJUATO.—UN CARRO ALEGORICO.

LAS FIESTAS PATRIAS
EN
CUANAJUATO.

El carro representa en alegoría la Independencia Nacional. Sobre un fondo de nubes, orlado de plata y matizado con los colores del iris se destaca la figura de Hidalgo, enarbolando el estandarte con la imagen de la Virgen de Guadalupe, que le sirvió de enseña para iniciar nuestra emancipación.

A su derecha y sobre un fondo acoginado de raso blanco se ve la figura de Morelos, con su tradicional pañuelo blanco ciñendo su cabeza. A la izquierda Allende, con el uniforme que llevaban en aquella época los generales españoles.

Más adelante aparece la figura de otro jefe insurgente cobijando con el pabellón tricolor la figura de nuestra patria.

Y por último, delante se ve la diosa de la Libertad, coronada por el simbólico ramaje de oliva, que significa la paz de que gozamos y teniendo á sus plantas los emblemas de la ciencia, el comercio y la agricultura y las bellas letras.

A Hidalgo lo representó el niño Tomás Ortega; á Allende, Gustavo Laborde; á Morelos, Salvador Monroy; al Insurgente, Manuel Bustamante; á la Patria, la señorita Catalina Ramírez, y á la Libertad, Naborina González.



APATZINGAN.—CASA EN QUE SE REUNIO EL PRIMER CONGRESO MEXICANO.

Fot. M. Gutiérrez.—Aguascalientes.

SAN LUIS POTOSI. -BAZAR DE CARIDAD.



NIÑAS MARIA HELGUERA Y LEONOR UNNA.
Fot. Emilio G. Lobato.

El Congreso de Apatzingan.

Con gusto verán nuestros lectores este grabado que representa el estado actual de la casa en que se reunió el primer Congreso Mexicano, asociado en la historia de la Guerra de la independencia á la heroica figura del gran Morelos.

De paso haremos constar el interés que se despierta en los mexicanos por conocer y reproducir fotográficamente los edificios y lugares históricos, que hasta hace pocos años no merecían alguna atención sino de parte de los especialistas.

Nosotros publicamos siempre con gusto esta clase de grabados y es de esperarse que los lectores del semanario, sigan como hasta aquí, proporcionándonos las pruebas fotográficas que posean para dar á conocer al público el mayor número posible de nuestros monumentos históricos.

El Bazar de Caridad de San Luis Potosí

El conocido y hábil fotógrafo D. Emilio Lobato nos envía, de la capital potosina, los retratos de las niñas que tomaron parte en el Bazar de Caridad últimamente organizado en aquella ciudad, y cuyos productos se destinaron al fondo de gastos del Hospital Infantil.

De las fotografías enviadas por el Sr. Lobato, publicamos los dos grupos de esta página, lamentando no dar una nota gráfica completa de la simpática fiesta.

SAN LUIS POTOSI. -BAZAR DE CARIDAD.



NIÑAS DOLORES GEDOVIVUS Y SARA PALAZUELOS.
Fot. Emilio G. Lobato.

Cosas antiguas de México.



LA CATEDRAL DE MEXICO

I
BREVE HISTORIA Y DESCRIPCION.

Los edificios religiosos despiertan siempre el interés y la curiosidad del viajero, del pensador y del artista.

Desde los sencillos y admirables templos helénicos hasta la suntuosa basílica cristiana, el arte se desarrolla y muestra en todo su esplendor.

Aun cuando entre nosotros sólo se tenga idea remota— entre quienes no hayan palpado las be-

llezas de los monumentos religiosos del Viejo Mundo—de cuanto encierran los órdenes y estilos arquitectónicos que han servido de norma para elevar hasta el Cielo las plegarias petrificadas del creyente. según expresión de un insigne arquitecto francés (Viollet le-Duc) no dejará de comprenderse, para nuestra historia artística, la importancia de los edificios cristianos que España nos legó; alzados muchos de ellos en los momentos mismos en que la Península sentía también la maravillosa agitación del grandioso período del Renacimiento.

Abre hoy EL MUNDO ILUSTRADO una nueva sección, y en ella habremos de ocuparnos á grandes

pi celadas, en describir algunos de nuestros más afamados templos.

La pluma que llenará la página que se le destina en este culto semanario, es reconocidamente indocta; pero rebosa de buena voluntad.

Daremos hoy comienzo con nuestro Templo Metropolitano, que se asienta erguido limitando al Norte la gran Plaza de Armas de esta Nobilísima Ciudad.

En el propio lugar donde la gentilidad azteca inmolaba las víctimas á sus númenes feroces, allí se fabricó la primera basílica de México, que hubo de construirse como provisional y de ser miserable y raquítica para el objeto á que esta-

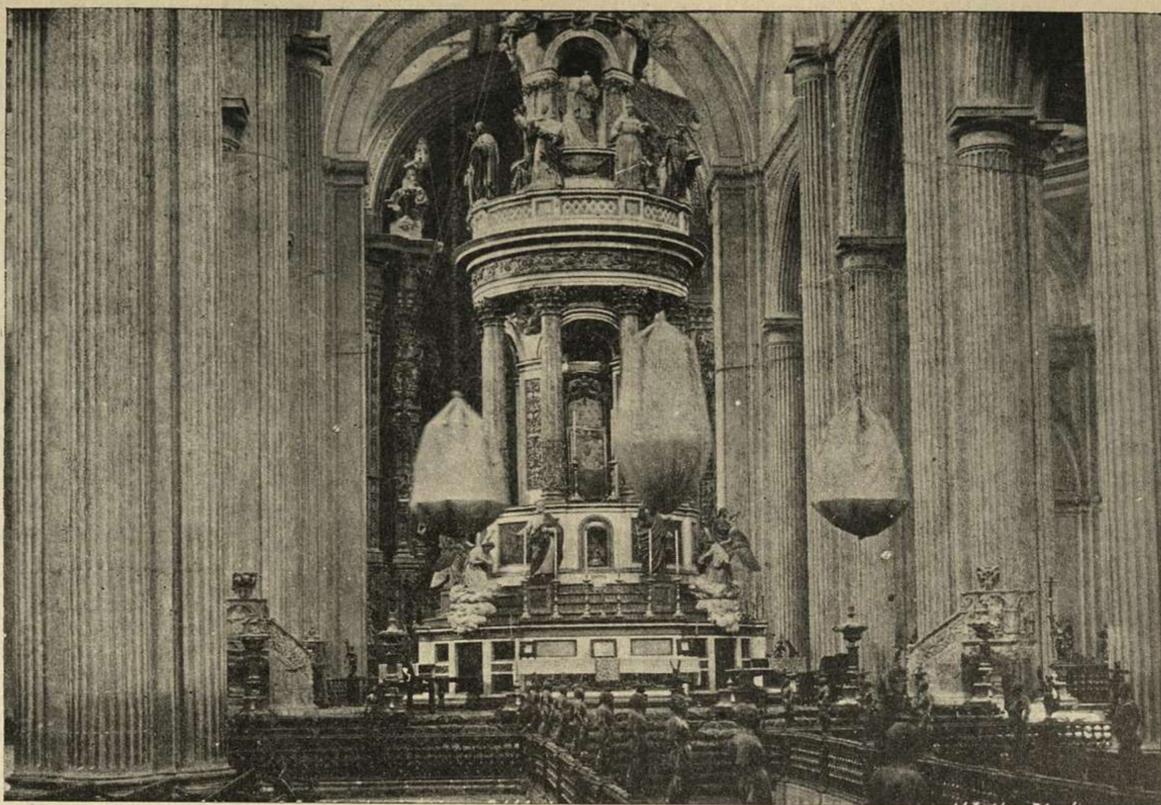
ba destinada. Así lo comprendieron los monarcas españoles, y en cédula de 26 de Marzo de 1551, se ordenaba que "las dos tercias partes que ha montado este arzobispado, en el tiempo en que ha estado vaco, se gaste en el edificio de la Iglesia catedral de México, y lo otro se guarde para el prelado," disposición que no pudo llevarse á cabo; sin embargo de lo que, insistióse en ello, y un año después de expedida la cédula anterior (20 de Agosto de 1552) Felipe II, que á la sazón gobernaba en nombre de su padre el Emperador Carlos V, dictó nuevas disposiciones en real mandato de aquella fecha. No pudieron tampoco cumplimentarse las órdenes inmediatamente por falta de fondos; hasta que en 1573 se colocó la primera piedra «en el sitio más eminente y oportuno de la Ciudad, inmediato á la antigua Iglesia con el ánimo de que, demolida ésta, quedase el sitio que ocupaba, por atrio ó cementerio, en la parte anterior del nuevo Templo»

Comenzaron la obra los maestros Claudio de Arciniega y Juan de Cuenca; continuándola Alonso Pérez de Castañeda, arquitecto de Felipe III.

Los trabajos se prosiguieron con perseverancia y tesón, y al cabo de media centuria hallábase concluida la difícil labor de los cimientos; alzados los muros del perímetro á más de la mitad de su altura; las paredes transversales de las capillas; los pies derechos de los arcos, algunos hasta los capiteles de las columnas y otros hasta los últimos tercios, y diversos espacios cubiertos con bóvedas.

Una vez concluida la Sacristía mayor, se trasladó á ella el Santísimo, que se encontraba en la Catedral antigua; y como ésta era ya inútil, se demolió quedando el sitio donde se encontraba, de atrio del nuevo templo (año 1626). Desde ésta época hasta 1641 se celebraron en dicha sacristía los divinos oficios; y se concluyeron las capillas de San Isidro Labrador (hoy entrada al Sagrario Metropolitano) y del Sagrario (hoy capilla de Nuestra Señora de las Angustias de Granada), en cuyas bóvedas se varió la disposición haciéndolas más ligeras por lo malo del subsuelo.

Agobiada la ciudad bajo el peso de la inundación de 1629, la obra quedó suspendida durante cerca de seis años hasta que en 1635 volvieron activamente á emprenderse los trabajos, al grado de que ya en 1664 sólo faltaban tres bóvedas de la nave mayor y cuatro de las menores, estando ya ejecutada parte de la cúpula, de la que se habían concluido las pechinas y cerrado el anillo.



CATEDRAL DE MEXICO.—ALTAR MAYOR.

El año de 1791 el arquitecto Damián Ortiz concluyó casi las torres, cuyo cuerpo lo habían fabricado Juan Lozano y Juan Serrano; siendo la altura de ellas, según su autor, de 72 varas dos tercios (60.^m90) «desde la cruz hasta el pavimento.»

La construcción total duró cerca de dos siglos, sin incluir las interrupciones; el material empleado fué la cantería, la chiluca y el tezontle. Sin temor de exagerar puede calcularse el costo de la obra en más de dos millones y medio de pesos.

* *

Nos falta espacio para una descripción que pudiera dar á los lectores siquiera una idea vaga del Templo Metropolitano.

La erguida mole se levanta en elegante forma piramidal sobre planta en cruz latina, orientándose de Norte á Sur (á este rumbo la fachada principal.)

Quisiera hablar con cierto detenimiento del exterior de la basílica, que se muestra severo é interesante á pesar de los defectos arquitectónicos de detalle que saltan á la vista.

La iglesia tiene cuatro fachadas que miran sensiblemente á los tantos y principales vientos cardinales. Compónese la del Sur de tres puertas arcadas y exornadas con columnas dóricas y jónicas superpuestas respectivamente. En los ángulos de la fachada se levantan los campanarios ó torres, de base rectangular, sobre un vasto paralelepípedo, y rematando en una cúpula de figura de campana, construcción felicísima que caracteriza á aquellos campanarios.

Los relieves y muchas de las numerosas estatuas de gran talla que se muestran al exterior son muy notables.

En segundo término se destaca la airosa cúpula ó cimborrio, coronada por una esbelta linternilla.

Complementan todo el exterior series escalonadas de balaustradas con pedestales y jarrones de cantería, y que corresponden, aquellas, á los límites de las bóvedas.

Si el exterior merecería un estudio detenido y curioso, no menos interesante se nos presenta el interior, que da lugar á numerosas consideraciones y á prolongadas vigiliias.

La perspectiva interior es hermosa, el conjunto severo y quizá grandioso; aun cuando, como en otra ocasión el que esto escribe lo ha dicho, aparece desconsoladoramente desmantelado y con una decoración abandonada y pobre.

Tiene cinco extensas naves: dos cerradas, dos procesionales y la nave central. En las primeras se encuentran distribuidas las capillas, en número de trece: siete al Poniente, que llevan los nombres de *San Miguel Arcángel* (cubo de la torre); de los *Santos Cosme y Damián*, de *San José*, de la *Virgen de la Soledad* y del *Señor del Buen Despacho*, hasta el crucero; de la *Virgen de los Dolores* y de *San Felipe de Jesús*; seis al Oriente, y se llaman: de la *Virgen de las Angustias de Granada* (cubo de la torre); de la *Purísima*, de la *Virgen de Guadalupe*, y de la *Virgen de la Antigua* hasta el crucero; de *San Pedro* y del *Santo Cristo*. Algunas conservan sus hermosas rejas de tapincerán.

La nave mayor se halla cubierta por espléndida bóveda de cañón, y las colaterales por platillos principalmente, sobre pechinas. Termina la iglesia, al Norte, por un ábside exagonal, donde está colocado el famoso altar de los Reyes, de estilo churrigueresco.

En la intersección del crucero se alza la cúpula, en la cual hay un fresco pintado por Jimen; bajo ella se levanta el ciprés, obra moderna que citaremos en nuestro segundo artículo.

La Catedral posee numerosos retablos, algunos muy dignos de nota, entre los cuales hay que citar á los churriguerescos, y diversos detalles curiosos que reservamos para el próximo escrito, por haberse alargado ya el presente más de lo que suponíamos.

JESÚS GALINDO Y VILLA.

Lápida conmemorativa

EN EL TEMPLO DE LA SANTA VERACRUZ.

Hoy debe de colocarse en la fachada de este templo, una inscripción que recuerde á la posteridad que en el antiguo cementerio adyacente á la iglesia, fueron inhumados los restos del caudillo de la Independencia, Lic. D. Ignacio L. Rayón.

En uno de nuestros números anteriores publicamos el retrato auténtico del héroe michoacano, y hoy con ocasión de la ceremonia á que hacemos referencia, aparece en nuestro semanario el grabado que acompaña á estas líneas.



TEMPLO DE LA SANTA VERACRUZ EN CUYA FACHADA SE COLOCARA HOY UNA LAPIDA CONMEMORATIVA.

AMOR DE GATO.

Salió de su somnolencia, dentro de la cual *run-runeando*, había pensado mucho tiempo con pesar en la llegada de esa hora. Irguió en el blando sillón su delicado cuerpo, con el que fingió el arco de un acueducto antiguo, y con felina suavidad descendió á la alfombra.

Con la boca llena de bostezos reveladores de fastidio, emprendió la marcha.

Sus ojos llameaban como foquillos de luz en medio de la sombra. Sacudió la cabeza para espantar el bochorno perezoso, y avanzó resueltamente moviendo la cola, como si por su finura, el viento la impeliese.

Se agitaba como serpiente gozosa, la cola negra, delgada, esbelta.

Y avanza entre la silenciosa negrura de la alcoba. Ya lo buscaban en la obscuridad, dos ojillos negros, dos brillazones de carbunco.

A la puerta de una amplia galería del sombrío castillo que agujereaba los muros de la casa, y al fondo se volvía subterráneo, estaba ya la amante esperándole.

Llega, y la apasionada con sus manecitas rosadas, acaricia la elegante cabeza felina.

El coloquio empieza.

De la delicada boca de la roedora, ruedan promesas de un eterno amor, brotan dulces afirmaciones de una poderosa é inmortal pasión.

El la acaricia, procurando ocultar del todo las curvas y afiladas uñas.

La historia de esa pasión empezó hace ya mucho tiempo, mucho, hace 60 noches.



Envuelto en un saco de recio lienzo, lo llevaron allí cuando era muy pequeño todavía.

Temeroso de los hombres y de las cosas desconocidas que allí miraba, fué á ocultarlos temblando de su miedo bajo amplia cama de palo santo.

Ella salió á su acostumbrado paseo nocturno, seguida de una dama, y bruscamente, inesperadamente, sorprendentemente se halló cerca de él; se aterrorizó por el olor que revelaba la presencia de un enemigo temible.

El pobrecillo inexperto se echó á temblar y á maullar pidiendo auxilio.

Ella que conocía muy bien el idioma, cambió sus temores por confianza y lástima para el infante.

Se le acercó, y le prodigó palabras de consuelo.

El se lo agradeció inmensamente. Podía haberle hecho mucho daño, porque era grande, era experimentada.

Desde aquella noche siguieron viéndose todos los días y siempre á la misma hora, cuando el silencio iba cubriendo toda la casa, cuando todas las voces morían y ningún paso resonaba.

Ella no volvió más cuando él creció; tenía la obligación de buscarla.

Y allí, envueltos en sombra, él recostado, y ella en pie algunas veces, otras dejando perder su negro cuerpo entre los pliegues del blanco y negro del amado, y siempre acariciándose con bocas y manos, pasaban las horas, viendo con ternura inmensa los ojos negros y brillantes, á los ojos verdes y lumíneos.

Hasta que un gallo amigo suyo les avisaba con su canto cortado por aletazos, que ya la aurora

se había puesto en camino, se decían adiós... un adiós de enamorados.

La pobre enferma de absurdo amor, recorría entonces con cautela, silenciosamente, la amplia galería, para ir á su alcoba—celda de prisionera real—á soñar con él.

El centinela dormía.

Con sus pasos mudos, se alejaba el felino gozando con la idea del descanso y del sueño.

Después, ¡durante todo un día! encerrada al lado del odioso tirano del castillo eternamente obscuro, de su dueño, de aquel noble pardo de mirada inquisitiva é inquisidora, á quien su familia la había vendido.

¡Qué negros eran los días! cuánto tardaban en llegar las noches, esas noches que sí tenían luz, la luz fosforescente de unos ojos oblongos.

Sólo gozaba cuando no tenía encima el peso de aquellas miradas negras de su tirano, y podía pensar en las amorosas palabras que él le decía en su lenguaje de *emes*.

El no había nacido para sentir el frío y el hambre de las azoteas. Era de estirpe real; una de las más puras noblezas de la raza de los felinos, era la nobleza suya.

Nadie se atrevía á arrojarlo del cómodo sillón que había adoptado como lecho, y en donde *run-runeando* pasaba las horas del día sumido en su incurable somnolencia, la somnolencia de los enfermos.

Muchas manos iban á prodigarle la voluptuosa caricia. Se incorporaba, esperezábase y erguía la cola negra, delgada, esbelta, que levantada parecía culebra que quisiera salir de su triste situación de reptil.

Por supuesto, no pocas veces, cuando se hallaba malhumorado, contestó á las caricias con un manotazo que acardenaló la mano humana.

De cuando en cuando, pensaba en la dama negra de ojos brillantes y redondos, en la cautiva que era su único amor.

¡No podía tener otro!

Algunos días bajaba, y se ponía á saltar, y correr por toda la casa, silenciosamente, sin que su cuerpo de terciopelo negro y blanco hiciera sonar un mueble, ó derribarse un objeto.

Subía á las mesas cuajadas de *bibelots* y se complacía en andar por entre ellos, colocando las manos y las patitas en los lugares más difíciles; ejercitaba su habilidad y bajaba triunfante.

De tarde en tarde, hacía sus visitas á la despensa, pero el ama reía de la travesura, y reprendía al que había dejado la puerta abierta.

Sólo una vez lo golpearon, pero no se fué porque allí estaba muy bien tratado. ¡Iba á vulgarizarse á las azoteas ó al patio; á vivir en la miseria para encanallarse y ser un ladrón, un salteador?.....

Una vez el tirano de su amada sospechó de la existencia de aquellos amores doblemente criminales. ¡Qué vergüenza! ¡Tender la mano á la odiada raza, á aquella con la cual tenían guerra declarada desde hacía tanto tiempo, desde que sus antepasados riñeron en una Arca!

El noble pardo compró la mano de un asesino que fué á llevarle un tósigo en un apetitoso pedazo de carne. Pero el asesino nunca volvió. Aquella noche, después de las caricias del saludo, ella le dijo lo que ocurría.

Malas noticias. El, su dueño, sabía la historia de los amores criminales.

Una sonrisa de Voltaire asomó á la boca del felino. De pronto se oyó ruido. Ella pegó á la puerta su fina oreja. Eran pasos, y eran los suyos, no había duda, los conocía muy bien.

Y sus redondos ojos negros y brillantes, se llenaron de angustia.

—«El» dijo implorando ayuda de su amante.

El felino, sin contestar, sin moverse, hincó los agudos dientes en el femenino cuerpo negro, en donde la sangre pintó un listón chillante. La roedora dió un grito ríspido, metálico, y todo volvió al silencio.

A la puerta de la amplia galería del sombrío castillo que agujereaba los muros de la casa, y

al fondo se volvía subterráneo, asomaron unos ojos de mirada inquisitiva é inquisidora.

Y el noble pardo, el odioso tirano del castillo eternamente obscuro, vió al felino que aún se reclamaba las fauces, y volviéndose atrás se alejó á paso lento royendo unas palabras:

«Amor de gato.»

FRANCISCO ZARATE RUIZ.



Del libro "PURPURA:"

La selva estremecida, en abanicos
Abre sobre los vientos sus ramajes,
Ondulantes encajes
En gotas de rocío y savia ricos.

Peina la fronda el sol con peine de oro,
Y á través de las hojas, sobre el suelo
De verde terciopelo
Que de aroma y frescura es un tesoro,
Al filtrar su fulgor que reverbera,
Con lunares de luz mancha la sombra,
Y del bosque en la alfombra
Finge la regia piel de una pantera.

El silencio solemne de la umbría
Turba y llena de pronto un clamoreo
Con rítmico, vibrante martilleo:
Es el bravo latir de la jauría,
Y allá va, jadeante en la maleza
Chafando el césped y saltando troncos,
Y á sus ladridos roncós
Más tiembla y huye la espantada pieza.

Salta al claro del bosque, alta la frente
De arborecentes cuernos coronada
El ciervo, y la mirada
Con angustia en redor vuelve doliente.
Cruza el aire la flecha silbadora,
Y en pie, junto á la res que está tendida,
Y sangra por la herida,
Se alza gentil la Diana Cazadora!

M. LARRAÑAGA PORTUGAL.

FUGACES.

Cuando gozas y ríes y se encienden
cual amapolas tus megillas blancas,
me figuro que veo entre celajes
una hermosa mañana;
y cuando sufres y en tus ojos tristes,
próximas á caer, tiemblan las lágrimas,
me parece que miro agonizante
una tarde callada.

Cuando me hablas de amor y en armonías
se desborda tu acento que arrebatara,
me figuro que suena en mis oídos
una música extraña;
y cuando sin hablar y persativa
juegas con los encajes de tu falda,
me parece que escucha en el silencio
una música el alma.

RANULFO PENAGOS.

LA REINA MARITORNES



La reina Maritornes era el terror de las niñas, golosos y ladrones; reinaba en el granero donde se maduraban, enfiladas, las manzanas y las peras, y en las vasijas donde se guarda el vino, era también el castigo de los borrachos y surgía inesperadamente de las barricas agujereadas fraudulentamente por el sirviente indelicado. Nadie la había visto nunca pero se sabía que estaba presente y velaba en todas partes: estaba en las conservas acariciadas por los ojos de los niños hipócritas y en la penumbra de los armarios de la repostería; la cómoda ventruda donde las abuelas escondían sus cajas de mazapanes y sus bomboneras repletas de dulces, también estaba defendida por ella, y quien se hubiera arriesgado á abrir el mueble de las golosinas, habría encontrado á la Reina Maritornes tendida á lo largo en un cajón.

Castigaba á los niños glotonos que se enfermaban en la mesa y llevaba en los pliegues de su vestido terríficas indigestiones; distribuía fiebres y cólicos á todos los culpables, y todos los estómagos rebeldes eran suyos. Residía también en las cocinas, emboscada á veces detrás de los confiteros y las enormes caserolas de cobre donde en Otoño se cuecen lentamente los guisos de liebre, frecuentaba así mismo los sótanos oscuros, los frutereros embalsamados, olientes á nísperos, y la sombra de los montones de legumbres.

Tal como vivía, indistinta y vaga en la imaginación de todos, su silueta obesa y ventruda pesaba como un malestar sobre la conciencia y el estómago de los criados y los niños bribones.

Fué inmenso el terror del pequeño Wilhem, cuando, llevado de la mesa por haberse hartado como un gastrónomo de tortas de ciruelas y crema de coles, se vió acostado en su camita, en su recámara oscura y solitaria, con un principio de indigestión, solo, en la enorme recámara donde dormía con su niñera, completamente solo en el tercer piso de aquella gran casa, mientras todo el mundo estaba abajo cenando.

Por bajar á donde estaban los otros criados, su niñera lo había dejado sin luz y por la alta ventana cuyas cortinas se había descuidado correr, entraba la luna extendiendo en el suelo una inmensa tela blanca y congelando en extrañas actitudes los contornos indecisos de los objetos.

Y súbitamente, en el cuarto solitario gesticularon perfiles desconocidos, primeramente, bajo el vidrio del cuadro el pastel desteñido de su padre. Allí con su corbata de muselina, con la levita vientre de cierva abierta sobre la camisa abullonada, mostraba, recto como una custodia un austero y pálido rostro de antiguo magistrado. Repentinamente sus cejas se fruncieron y un relámpago de legítima indignación encendió sus pupilas.

El cólico torció entonces más implacablemente al infortunado Wilhem que aterrorizado desvió vivamente los ojos. Cayeron después en un sillón donde había un montón de vestidos equívocos; lentamente las piernas flojas de los pantalones se animaron, dos pies imprevistos salieron de ellos, y mientras el busto se enderezaba en un súbito implante de la chupa, dos brazos nerviosos se apretaban sobre un pecho escuálido y una siniestra cabeza de viejo se rió en el silencio. ¡Qué rictus! Todas las teclas blancas del clavicordio aparecieron en la cara de rompenueces del estrambótico vejete.

Pero no fué más que una aparición. La recámara volvió á la sombra, y cuando Wilhem que había escondido la cabeza bajo las sábanas aventuró una mirada temerosa fuera de su escondite,

no vió nada de anormal; todo había recobrado su lugar acostumbrado, los objetos manchados de claro obscuro, se habían como borrado en la noche y sólo le quedaba una ligera inquietud por su jarra de agua puesta sobre el lavabo y extrañamente colocada en medio de la jofaina como un enorme sapo blanco.

Y el pequeño Wilhem comenzó á respirar pero su quietud no fué larga. Un ruido inusitado lo hizo estremecer. Subían la escalera, y oía pasos, pasos como el ruido de un ejército en marcha. Una multitud se amontonaba en las gradas; la oía atropellarse en el descanso del segundo piso y luego subir por la escalera del tercero. Seguramente venían á su cuarto.

Y en una gran ola de luz su puerta se abrió brutalmente. No pudo ni lanzar un grito. Toda la batería de cocina entraba tropezándose en el umbral; había deslumbrantes caserolas de cobre llenas hasta los bordes de arroz y de empanadas, inmensos confiteros contoneándose pesadamente sobre tres pies imprevistos; moldes de bizcochos de Saboya y escalfadores de caras malélicas, evidentemente mal intencionadas, y teteras de reflejas metálicas, y cafeteras con largos picos insidiosos, de aire hostil. Todo aquello hormigueaba, hervía y penetraba en silencio á la recámara, arrastrándose como fantasma en la tarima; rodeaban su lecho y como una marea muda subían lentamente cayendo y subiendo después á lo largo de sus ropas.

Bañado de sudor, con los ojos agrandados por el pavor, el niño permanecía mudo ante aquella invasión aterradora. El cuarto estaba lleno de todos aquellos cobres y aquellos estaños fantásticos que seguían entrando por la puerta, y vió entonces, mezclados á los escalfadores avinagrados y á las cafeteras amenazadoras, salchichones con patas, jamones con figuras de gnomos y gallinas extravagantes revoloteando por el cuarto, ya embroquetados y fritos.

Las cabezas de las liebres guisadas levantaban los cuvéculos de las caserolas; los picos de las alondras piaban; los purés, habas y guisantes estallaban y reventaban en burbujas en los platos brillantes; un ganso untado de grasa bailaba con la rabadilla arremangada, presto para la parrilla, y pichones escapados de las estufas formaban un cortejo de carne hervida á un conejo en gibelota. Todo eso era horroroso, y en aquel aparato culinario y fantástico Wilhem reconoció, estupefacto, á la Reina Maritornes.

Era ella: alta, imposable, acorazada de cobre rojo, avanzando penosamente en su pesada falda de campana, con la cintura aprisionada en una sopera. Era una criatura horrible, calva y pálida, que mostraba sobre su cráneo el despliegue de una cola de pavo-real, adornado y preparado para la mesa. Lo que se veía de su piel estaba dorado y tostado como el estómago de un pavo, y tenía por manos dos enormes patas de gallina. Un collar de salchichas jugaba sobre la porcelana de su pecho, y dos monstruosas morcillas pendían de su cintura, á manera de arracadas. En una mano tenía un ramillete de puerros, de cebollas y zahanorias, y como verdadera reina de las marmitas blandía con la otra una enorme cuchara, que introducía sin descanso en los purés, en las salsas y las empanadas, aumentando el terror del niño. Pero lo que no pudo soportar, fué la mirada de la espectral muñeca, una mirada automática, esmaltada y sin vida, que se clavaba en él despiadadamente. Lanzó un gran grito y despertó á la luz de una lámpara y una bujía; su madre, sus hermanos y su niñera lo rodeaban; estaba confuso y desconcertado; el pequeño Wilhem había sido olvidado en su lecho.

JEAN LORRAIN.



EL SACRIFICIO.

Entonces la tierra temblaba ante el rey de los reyes, Asurnazirpal. La gloria del mar y de la montaña estaba sobre él, los espíritus del abismo oían su mando. Cuando los reyes del Occidente se levantaron contra él, los doblegó como los saucos sobre los pantanos. Los reyes del Oriente vinieron con el sol y los enganchó entre sus caballos.

Después aconteció que un jefe de Caldea reunió hombres contra el Estandarte del mundo y tomó, por sorpresa, la ciudad de ladrillos y betún de hermosas murallas defendidas por puertas de bronce.

Los reyes de Siria y los nómades de los arenales se unieron al ruido de sus trompetas. Y marchaba con diez ejércitos cuyos pasos hacían retemblar las colinas y retroceder el firmamento.

Pero el rey de los reyes llamó á sus hombres de guerra. Llegaron por los ríos como numerosos cañaverales y salieron de las selvas como leones. Estaban preñados de odio y rugían de coraje y marcharon al son de la trompeta á la ruina y la venganza. Los hombres de Caldea, los reyes de Siria y los nómades de los arenales se desplomaron como cisternas en ruinas; llenaron la Mesopotamia con su pavor. Murieron veinte mil, cuyas manos fueron depositadas ante el rey de los reyes con las armas de bronce, los vasos de oro y las piedras deslumbrantes. Descuartizaron al jefe de los Caldeos y á los reyes de Siria les sacaron los ojos y los engancharon á los carros de Nínive.

El rey pensaba en su corazón: mi felicidad se eleva en su plenitud; he puesto un límite á la montaña y un obstáculo al mar. Los hombres se rebelan pero su fuerza es impotente contra mi fuerza; he disipado á las naciones como rebaños; sus cóleras son semejantes á la cólera del insecto contra la hornaza.

Secreía inaccesible al mal.

No volvió el Rey á Nínive sino después de dos primaveras. Cuando penetró en su gineceo vió á una doncella tan hermosa que solamente las diosas podían serle comparadas. Estaba vestida con telas de oro y bisos venidos de Tebas. A su vista Asurnazirpal olvidó sus velorios y permaneció confundido de gozo.

—¿Quién es esta que los dioses hicieron crecer para mi deseo?

—Es tu hija, rey semejante á los dioses, respondieron sus servidores. La dejaste pequeña y ha crecido como una acacia.

Entonces se desesperó el rey porque era piadoso y observaba los preceptos. Y en aquel tiempo los dioses de Asur consideraban como el mayor de los crímenes el comercio de un padre con su hija.

El rey hizo recitar oraciones en todos los templos á fin de curarse de su mal, pero no cesaba de pensar en la belleza de su hija. Su corazón estaba lleno de veneno, recorría las tinieblas con suspiros de voluptuosidad y veía el mundo adornado con la tela de oro y los bisos. Sus ojos se hundieron en su rostro flaco como estrellas en un pozo, estaba vestido de inquietud y atado de tristeza. Pensaba:

—Los pueblos me celebraban; era semejante á una torre entre las cabañas; mi mirada era la fecundación del país de Asur, mi palabra semejante á la lluvia de la primavera, y todas las naciones se retorcieron de pavor al ruido de mis tropas de guerra. Y he aquí que soy más miserable que la langosta cogida por el gorrión, y estoy más triste que el leopardo martirizado por las flechas, y desolado como los campos donde están agotadas las fuentes.

No obstante, su pena se hacía insoportable; sintió que no podía impedirse el transgredir los mandamientos de Asur, si su hija permanecía viva sobre la tierra. Entonces reunió á los sacerdotes y á los jefes guerreros y les dijo:

—Estoy enfermo de un mal extraño que los dioses condenan. Mi corazón está lleno de un deseo sin límites; estoy hechizado por la belleza de mi hija, y no conviene que vuestro señor haga lo que está prohibido en todos sus reinos. No tendré reposo sino sacrificando á mi hija, como se riega una planta de perdición. Ordeno que se la conduzca el verdugo y que se le corte la cabeza ante la asamblea.

La hija del rey llegó entre los sacerdotes y los jefes guerreros. Su belleza había aumentado como el sol cuando sale de las nubes. Brillaba como el bronce fundido en el horno y fundido por los artesanos del fuego. Estaba rodeada de su cabellera á través de la cual resplandecía su rostro; avanzaba más tranquila que los corderos al borde de los estanques.

Asurnazirpal fué hacia ella y la estrechó contra su corazón. Se sintió morir junto á aquellos cabellos de llama y aquellos ojos claros como las fuentes de las rocas. Pero la volvió á poner en manos del que tenía el puñal de la justicia y mando cortar la flor humana.

Mientras la cabeza rodaba á sus pies el rey de los reyes tenía el rostro bañado de lágrimas y los jefes de guerras decían á los sacerdotes:

—En verdad Nuestro Señor es más grande por la piedad y la justicia, que por la fuerza de su brazo.

A. DARVILLE.